

# **LA TIERRA EN LA BOCA**

de

**Arturo Pinedo de Miguel**

## **PERSONAJES (por orden de intervención)**

Marcelo

Eladio

Miren

Eduarne

(MARCELO *sentado en una mesa de una triste taberna de barrio. Es un hombre en la cuarentena, alto y fuerte, pero socavado por años de tensión, de rigores y de soledad. Música estridente de una tragaperras; fogonazos de luces rojas, amarillas y anaranjadas. En el bar, ELADIO se extasía ante la prometedora respuesta de la máquina. Su desaliño en el vestir, y su escaso aseo, acentúan la temprana decrepitud de sus sesenta y pocos años. Su voz es potente, y hoscos sus modales. Trata a la máquina sin miramientos.*)

ELADIO.- ¡Eh! La muy cabrona va a cambiar de nivel. ¡Al cofre del pirata! (*Hurga en sus bolsillos a la caza de monedas.*) Espera, jodida hambrienta, que ya te doy de comer. (*Echa una moneda y la máquina revive.*) ¡Ahí está, vamos! ¡Dos partidas más y doblamos el premio! (*De nuevo, rebusca en sus bolsillos, pero sin éxito.*) ¡Joder, mierda! (*Golpea la máquina.*) ¡Serás hija de tu madre! ¡Siempre quieres más!

MARCELO.- (*Incapaz de aguantar más.*) ¿Puede dejar de dar voces, por favor?

ELADIO.- (*Falsamente manso, se dirige a MARCELO.*) Es que va a cambiar de nivel. ¿No tendrás un euro para prestarme?

MARCELO.- No llevo suelto.

ELADIO.- Pues que te cambien. ¡La máquina está a rebosar!

MARCELO.- Esa suerte tendrá el primero que eche...

ELADIO.- ¡Un miserable euro, joder, y te doy la mitad de lo que saque!

MARCELO.- Ya le he dicho que no

ELADIO.- Si sube al cofre, toca seguro. Veinte euros como poco.

MARCELO. Haga el favor de dejarme tranquilo.

ELADIO.- ¡Pero vamos a perder el premio!

MARCELO.- Yo no pierdo esta vez.

*(ELADIO, despotricando contra su fortuna, regresa junto a la máquina, conjurado para que nadie se acerque a su presa. Desde allí, ve entrar en el bar a MIREN, una joven de treinta años, atractiva, vestida con cierto aire jipi. MIREN se acerca a la mesa de MARCELO, que la recibe en silencio, sin apenas mirarla.)*

MIREN.- *(Se planta frente a MARCELO, a quien estudia durante unos segundos.)* Hola, Marcelo.

MARCELO.- *(Frío.)* ¿Qué tal, Miren?

MIREN.- ¿Tú crees que esa es forma de saludarse, después de tanto tiempo?

MARCELO.- Claro, perdona. *(Se levanta y extiende su mano, pero MIREN le abraza y le besa en los labios. MARCELO no devuelve el beso.)*

MIREN.- Bueno, ¿y cómo estás?

MARCELO.- Te veo muy bien.

MIREN.- Sin coñas, Marcelo. El primero que diga que no hemos cambiado nada en estos años, paga las copas. *(Se sientan.)* Ha sido toda una sorpresa. Pensé que me habías suprimido para siempre de tu agenda

MARCELO.- Ya ves que no.

MIREN.- El viejo número que nunca se olvida.

MARCELO.- Será eso.

MIREN.- Pues ya me dirás a qué debo este honor...

ELADIO.- *(Entrometiéndose desde la distancia de la tragaperras.)* A lo mejor tu amiga tiene alguna moneda que prestarme...

MARCELO.- Me alegro de que hayas venido, Miren. Me estaba deprimiendo no poder hablar con alguien conocido. Lo único que he hecho estas dos semanas es perder el tiempo en este bar.

MIREN.- ¿Y me llamas a mí sólo para entretenerme un rato? Seguro que medio país estaría encantado de escuchar tus batallitas de gudari.

MARCELO.- No saben que estoy fuera.

MIREN.- ¿Tienes miedo de que se enteren?

MARCELO.- ¡Qué tontería! Estoy tratando de aclimatarme antes de verlos a todos, simplemente. Cuando estás dentro, piensas que el mundo gira a tu propio ritmo, pero luego pones un pie en la calle y te das cuenta que todo es muy diferente a lo que esperabas.

MIREN.- Y creías que yo iba a ser la única que no habría cambiado desde que te encerraron.

MARCELO.- *(Ríe.)* No digas chorradas...

MIREN.- Entonces es que te quieres poner a prueba tratando con la más borde de tus conocidas. Seguro que has pensado que si me aguantas unos vinos, ya estarás preparado para enfrentarte al mundo. ¡Venga, reconócelo!

MARCELO.- Me alegra que hayas venido tan rápido...

MIREN.- Es lo que esperabas, ¿no?

MARCELO.- ¿Es lo que tú querías?

MIREN.- Pregunta por pregunta... Este juego nos aburrirá muy pronto.

ELADIO.- *(Arroja su grosera exigencia junto a la cara de MIREN.)* ¿A qué a ti no te importa darme un euro?

MARCELO.- ¿Quiere dejarnos en paz?

ELADIO.- *(A MIREN.)* Tu amigo es un gilipollas. Le gusta perder. *(Se aleja.)*

*(MARCELO se levanta indignado, pero MIREN le retiene)*

MIREN.- No le hagas caso. ¿Te apetece que vayamos a otro sitio más tranquilo?

MARCELO.- Estamos bien aquí.

MIREN.- Prefieres que no te vean conmigo, ¿verdad?

MARCELO.- ¿Debería importarme?

MIREN.- Depende de lo que te hayan contado sobre mí.

MARCELO.- Hablábamos muy poco de las cosas de fuera. Perjudica la moral.

MIREN.- Entonces podemos salir juntos. Vamos. *(Tiende la mano a MARCELO y salen al exterior del bar, acompañados de los exabruptos de ELADIO contra su falta de generosidad. Apenas caminan unos metros desde la puerta trasera del bar. MARCELO escoge un lugar solitario, casi un escondrijo.)*

MARCELO.- No hace falta ir más lejos. Aquí no nos molestará ese imbécil.

MIREN.- ¿Es que huíamos de él? *(No hay respuesta. MARCELO enciende un cigarrillo.)* Aún no me has dicho qué quieres de mí.

MARCELO.- ¿No te lo imaginas?

MIREN.- ¿Debería?

MARCELO.- Has perdido reflejos.

MIREN.- ¿Me has llamado para follar?

MARCELO.- ¿Tan desesperado me ves?

MIREN.- Tú sabrás.

MARCELO.- *(La proposición le ha molestado.)* ¡Diez años sin echar un polvo! Se me deben escapar las ganas hasta por las orejas. Tienes razón, Miren. Estoy tan salido que ni siquiera debí dejar que abrieras la boca para decir "hola".

MIREN.- *(También irritada.)* ¡Déjate de chorradas y contéstame de una vez! ¿Para qué me has llamado?

MARCELO.- *(Agarrando con fuerza a MIREN.)* Ya hemos perdido demasiado tiempo.

MIREN.- ¡Suéltame!

MARCELO.- *(Se restriega lúbrico contra el cuerpo de la mujer, que apenas se resiste.)* Si follas no hablas. Vamos a callarnos los dos, ¿vale? Vamos a callarnos. *(El abrazo se hace intenso. Ambos se buscan ansiosos, con la boca, con manos que se incendian entre las ropas... De pronto, el nudo íntimo se desata: un orgasmo prematuro derriba a MARCELO.)*

MIREN.- *(Excitada, frustrada.)* ¡Marcelo!, ¡Marcelo!

MARCELO.- *(A sus pies.)* Ya lo ves: diez años dan para muy poco.

MIREN.- No tiene importancia.

MARCELO.- Igual que en Francia, ¿eh, Miren? ¡Aquí te pillo, aquí te mato!

MIREN.- Pero allí no te manchabas los pantalones.

MARCELO.- Hija de puta... *(Se incorpora y camina hacia el bar.)*

MIREN.- ¿A dónde vas?

MARCELO.- A limpiarme un poco.

MIREN.- ¿Volverás?

MARCELO.- ¿Para qué?

MIREN.- La eyaculación precoz invita a conversar, ¿no? Retomaremos la charla en el punto donde la dejamos: preguntándonos qué queremos el uno del otro.

(MARCELO se encamina hacia el bar. Entra y pasa junto a ELADIO, centinela de la tragaperras, al dirigirse a los lavabos.)

ELADIO.- *(Habla para sí, pero lo suficientemente alta como para ser oído.)* ¡Eh, perdedor! Ni siquiera te mereces esa novia que tienes. Ella iba a prestarme un euro, a pesar de tus modales. Se lo pediré cuando venga a sacudírtela, que seguro que ni eso sabes hacer solo. *(Ríe.)* Cuando salgas aún podremos sacarle las tripas a esta cabrona *(Acaricia la máquina.)* Es buena contigo si la mimas. Lo que no hay que hacer nunca es frenarse en el borde. Sólo toca si das un paso más. Pero los capullos como tú no lo entendéis; por eso no os coméis una rosca en nada.

(MARCELO sale de los lavabos. Ha escuchado las bravatas de ELADIO, y quiere retarlo. Sin mediar palabra, se acerca a la tragaperras y aparta a ELADIO. Echa una moneda. Gira la rueda.)

MARCELO.- ¡Ha cambiado de nivel! ¡El cofre de los piratas!

ELADIO.- ¡Yo estaba primero! ¡La máquina es mía!

MARCELO.- *(Echa otra moneda.)* Está a punto para el premio. *(Las tripas de la máquina se revuelven, y arrojan una estridente indigestión de monedas.)*

ELADIO.- *(Rabioso.)* ¡Vas a vaciar la máquina! ¡No tienes derecho! ¡Yo estaba antes! ¡El euro tenía que echarlo yo! ¡Eres un ladrón! *(Trata de apartar a MARCELO, pero este se revuelve contra él con una furia exagerada.)* ¡No me toques!

(MIREN ha entrado en el bar y se asusta ante la violencia con que se emplea MARCELO, quien, fuera de sí, empuja a ELADIO hasta hacerle abandonar el bar.)

MIREN.- ¡Basta, Marcelo, déjalo ya! ¿Se puede saber qué te ocurre?

MARCELO.- ¡Me tiene hasta los cojones!

MIREN.- Estás descontrolado, joder. No puedes actuar así. Las cosas ya no son como antes.

MARCELO.- ¿Y cómo se supone que son ahora?

MIREN.- La calle ya no es vuestra.

MARCELO.- ¿Y eso que significa? ¿Qué debo dejar que me pisen? A lo mejor debería importarme todo una mierda: sin pensamientos, sin rabia, sin memoria... ¡No, joder! la memoria no voy a perderla aunque me quemé por dentro. No puedo hacer cómo si nada hubiese ocurrido. ¡La normalidad, la puta normalidad! Volver a casa sin hacer ruido, tragarme el orgullo, icallar para ser un oscuro peón en los arrabales! ¿Sabes de lo que te hablo, Miren? No, no tienes ni idea, así que no me des consejos, ¿vale? Mejor nos vemos otro día. Agur, Miren (*Sale del bar, seguido por MIREN.*)

MARCELO.- Este no es tu camino.

MIREN.- (*Molesta por la actitud de MARCELO.*) Tenemos cuentas pendientes. Yo sí sé por qué he aceptado verte

MARCELO.- ¿Ah, sí?

MIREN.-. No me has preguntado por la niña.

MARCELO.- ¿No lo he hecho?

MIREN.- No.

MARCELO.- Bueno, ¿y cómo está mi pequeña?

MIREN.- De sobra sabes que no puedo contestarte. Hace casi dos años que no me dejan verla.

MARCELO.- Entonces, no te pregunto.

MIREN.- Cuando me llamaste, pensé que ibas a ayudarme.

MARCELO.- Por eso has venido perdiendo el culo...

MIREN.- No te hagas el sorprendido. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó?

MARCELO.- Sé todo lo que me interesa.

MIREN.- No mi versión. (*Firme.*) Quiero ver a mi hija.



MARCELO.- Más adelante.

MIREN.- Ahora, Marcelo. (*Le pasa su teléfono móvil.*) Llama a tus padres y diles que vamos a acercarnos los dos a ver a la niña.

MARCELO.- No puedo.

MIREN.- ¿Quién te lo impide? ¿Por qué dejas que sigan jodiéndonos la vida? ¡No les debes nada!

MARCELO.- Esa forma de hablar es la que te pierde, Miren. Le tocas los huevos a mucha gente.

MIREN.- ¿Porque digo lo que pienso?

MARCELO.- Lo que te pasa es sólo culpa tuya, así que no vengas a pedirme que me parta la cara por ti.

MIREN.- Por nuestra hija, Marcelo.

MARCELO.- No metas a la cría en esto.

MIREN.- ¡Lo está desde que nació! Tengo que recuperarla, Marcelo. ¿No lo entiendes? Tus padres la están llenando de odio hacia mí, hacia todo lo que no es vuestro mundo. No quiero que acabe como nosotros.

MARCELO.- Miren, Miren: no te reconozco. Te has cargado todos tus viejos ideales. ¿Qué te queda?

MIREN.- Una hija.

MARCELO.- Vas a dejarla en paz. A ella y a mis padres.

MIREN.- ¿Me amenazas?

MARCELO.- No quiero que se cabreen contigo.

MIREN.- ¿Quiénes? ¿Los "chicos malos"? Me das demasiada importancia.

MARCELO.- Tú no eres nadie, Miren, pero haces demasiado ruido, y eso ahora no conviene. Los trapos sucios, en casita...

MIREN.- No son mis reglas.

MARCELO.- ¡Pero sí las mías, y te juro que no vas a joderme! Si me entero que rondas la casa de mis padres....

MIREN.- ¿Me matarás?

MARCELO.- *(Ríe.)* ¡Pobre imbécil! No me hace falta llegar tan lejos. Voy a hacer que vivas atada a mí, siempre esperando a que cambie de opinión y te permita acercarte a tu hija. ¿No te gusta? Prisionera de mi voluntad y de tu estúpido instinto maternal.

MIREN.- Por fin me tienes donde querías. Tú eres tus víctimas, Marcelo, y te habías quedado sin ninguna. Conmigo repones existencias. Vuelves a ser alguien.

MARCELO.- Atada a mí, Miren. Reconoce que, en el fondo, es lo que buscabas. *(Se aleja caminando.)*

MIREN.- ¡Espera!

MARCELO.- *(Sin detenerse.)* Cuando yo te llame, Miren; cuando yo te llame.

*(MARCELO desaparece. MIREN le sigue a distancia.)*

-----

*(Una luz sin alma destaca los contornos de ELADIO y EDURNE en su casa. Tedio. ELADIO sentado tras una mesa, lee el periódico. Silencio. EDURNE, una joven en la treintena, de belleza descuidada y triste, está acomodada en una vieja mecedora, sosteniendo un cuaderno abierto y un bolígrafo. Monotonía de la desesperanza.)*

EDURNE.- Es la hora de las pastillas.

ELADIO.- Todavía no.

EDURNE.- (*Lleva las cajas de medicamentos a su padre.*) Voy a por un vaso de agua.

ELADIO.- ¡Estoy harto de esas medicinas! A mí no me duele nada.

EDURNE.- No empecemos otra vez. Las necesitas para recuperar el ánimo y la memoria.

ELADIO.- ¿Qué tengo yo que recordar? ¡A la mierda! (*Tira las cajas de las pastillas al suelo.*)

EDURNE.- (*Las recoge.*) ¡Cada día peor! Te estás convirtiendo en un viejo insoportable.

ELADIO.- No quiero hablar contigo. Tú me gritas.

EDURNE.- No te grito, papá. Nadie te ha levantado nunca la voz. Todos nos hemos callado cuando tú hablabas. Toma (*Le alargó el vaso y unas pastillas, que ELADIO traga a regañadientes.*)

ELADIO.- Está porquería me atonta, ya lo sabes.

EDURNE.- Es mejor estar dormido, ¿no crees?

(*Ambos vuelven a sus ocupaciones: ELADIO a la lectura del diario, y EDURNE a su cuaderno de notas. De nuevo el silencio.*)

EDURNE.- (*Sin escribir todavía, musita unas palabras..*) Han callado a la mujer con un puñado de tierra en la boca del hijo...

ELADIO.- ¿Qué dices?

MIREN.- Nada.

ELADIO.- Déjame el cuaderno. Voy a escribir a la madre.

MIREN.- ¿Qué vas a contarle?

ELADIO.- Preguntarle si va a venir mañana.

MIREN.- Claro, papá. Siempre viene mañana.

ELADIO.- Jokin no viene aún.

MIREN.- No, él no...

ELADIO.- Tu hermano salió con tu madre. Se fueron juntos. Vendrán más tarde. *(Pausa.)* Deben estar hablando de ellos en la radio. *(Coge un transistor y recorre el dial de un lado a otro, sin detenerse en ninguna sintonía.)* ¡No dicen nada!

MIREN.- *(Le quita el transistor y lo desconecta.)* Ahora cuentan otras cosas.

ELADIO.- ¡No deberían poner música!, tienes que decírselo. *(Mira intranquilo su reloj.)* Tarda mucho tu madre. Me da miedo que ande por ahí sola.

MIREN.- No pasa nada.

ELADIO.- Hablaré con ella cuando vuelva. Vamos a irnos contigo a Málaga, a pasar una temporada. Tiene que descansar.

MIREN.- Ya no vivo en Málaga, papá.

ELADIO.- En Málaga estaremos muy bien. Tu madre necesita salir del pueblo, y yo también. Todo esto se nos está cayendo encima. Anda, hija: pon la radio para oír qué dicen de tu madre.

MIREN.- ¿Por qué no te acuestas un rato? Las pastillas te están haciendo efecto.

ELADIO.- Estoy perfectamente. Voy a escribir. Dame eso. *(EDURNE le entrega el cuaderno y el bolígrafo. ELADIO mira fijamente el papel, sin decidirse a escribir.)*

MIREN.- ¿Quieres que te ayude? Lo haremos juntos, pero que mamá vea que es tu letra. *(Mientras EDURNE dicta, ELADIO en realidad dibuja una espiral, de fuera a dentro, muy despacio, apretando exageradamente el bolígrafo contra el papel.)* "Mi queridísima Juana: Deseo que al recibo de ésta te encuentres mejor. Yo bien, gracias a Dios, pero muriéndome en tu recuerdo. La chica está

conmigo, y te manda un beso muy grande. ¡Si supieras cuánto te echamos de menos! Espero que tú también te acuerdes de nosotros, de la casa, y del pueblo... ¿Sabes, Juana? Ya casi no hablo: he agotado todas mis palabras preguntando cuándo volverás, pero nadie me responde. (ELADIO, *vencido por el sopor que le produce la medicación, se queda dormido. EDURNE sigue con su dictado.*) Tú tampoco. Creo que allá donde estás, maldices los rincones de nuestro hogar mutilado, y cada calle que pisaste aquel día, y a cada vecino que te tropezaste. ¿Por qué regresar? (Pausa.) Juana, mi amor: ya casi no pienso. El dolor ha apagado todos mis sentidos, y sólo soy capaz de comprender tu imagen y la de Jokin. (Se acerca a su padre dormido, y descubre el papel pintado con la espiral.) No te rías cuando veas estas hojas. Te escribo en espiral para poder llegar al centro de aquel día, y ser yo quien te acompaña a aquella reunión maldita, y no tu hijo; para ser yo quien te guarda del miedo, y no tu hijo; para ser yo quien recibe las balas que te buscan, y no tu hijo; para ser yo quien musita tu nombre entre la sangre, y no tu hijo; para ser yo quien deja la vida entre tus brazos, y no tu hijo; para que Jokin, tu hijo, pudiese ahora escribirte estas líneas, y no yo, tu esposo, que tanto te quiere..." (No puede más: alejada de su padre, llora silenciosamente. ELADIO se despierta y la observa impasible, como si no entendiera. Silencio.)

---

(MARCELO sentado en un banco, en la calle. Lee un periódico, y gesticula mostrando su desagrado por lo leído, hasta que deja el diario a un lado. Fuma.)

MARCELO.- Nadie me dijo que tendría que aguantar estas chorradas. (Toma el periódico y lee.) "Pisé esta tierra, y a cada paso hallé nuevas razones para la esperanza..." ¿Quién puede escribir esta estupidez? ¡Pues yo pisé una mierda, y a cada paso hallé nuevas razones para extenderla! Eso es lo que nos tenemos que comer todos: la mierda que estamos sembrando. (Transición: ahora es un hombre optimista.) Hoy veré a esa chica por tercera vez, si las cuentas no me fallan, y me fijaré en sus tetas. Ayer me parecieron.... ¡prometedoras! Es difícil asegurarlo, porque se las disimula, pero eran prometedoras. Las promesas se necesitan para sobrevivir, y yo quiero, ¡me exijo!, mirarla de otro modo a partir de sus pechos. (Ridículamente solemne de voz y ademanes, mientras camina.) Piso esta tierra, y mis pasos me conducen al bar, inevitable destino de los parias. Hoy veré a la mujer, prometedoramente. (Entra en el establecimiento y se acomoda en la barra. Imita la inevitable pregunta del camarero.) "¿Otra vez por aquí?" ¡Por muchos años! (Se sirve un vaso de vino. Duda.) Demasiado pronto para empezar... ¡Demasiado tarde para descubrirlo! (Bebe.)

(ELADIO entra en el bar y se sienta en una mesa. Su aspecto es el de un hombre reconcentrado en su depresión.)

MARCELO.- (A ELADIO.) Buenos días, "sacamantecas". ¿Dispuesto a destripar a su víctima? (ELADIO *le está mirando con una fijeza casi insultante.*) No me mire así, hombre, que es una broma. Espero que me haya perdonado por la bronca del otro día. (ELADIO *no responde, y vuelve sus ojos hacia la tragaperras.*) Para que vea que estoy arrepentido, hoy voy a hacer de gil para usted: le voy a poner la máquina a punto. (Se acerca a la tragaperras y echa una moneda.) Siempre hay un tonto que empieza a llenarla para que otros se aprovechen, ¿verdad? Ley de vida. (Termina su partida sin obtener premio alguno.) Aquí la tiene: toda suya. (Regresa a la barra.) ¿No viene hoy su hija?

ELADIO.- ¿Tú le has visto?

MARCELO.- ¿A quién?

ELADIO.- A Jokin.

MARCELO.- No le conozco.

ELADIO.- La radio siempre habla de Jokin.

MARCELO.- Los famosos no se pasean por sitios como este.

(Silencio. MARCELO bebe y fuma. ELADIO no le quita ojo.)

ELADIO.- Se ha marchado.

MARCELO.- ¿Quién?

ELADIO.- (Violento.) ¿Tú le viste?

MARCELO.- ¿Cómo dice?

ELADIO.- (Se acerca hostil al sorprendido MARCELO.) Alguien vio lo que pasó, pero no quiere decirlo. ¿Fuiste tú?

MARCELO.- No sé de qué me está hablando.

ELADIO.- ¡Debo saberlo! (*Sujeta con fuerza el brazo de MARCELO.*)

MARCELO.- (*Se zafa del agarrón.*) ¿Qué coño le pasa?

ELADIO.- (*Frenético.*) ¡Tú lo sabes, tú lo sabes!

MARCELO.- Ya está bien, joder. No sé quién cojones es ese Jokin.

(*ELADIO recula ante el gesto amenazante de MARCELO. Vuelve a su silla. Está muy alterado. Lloriquea, gesticula nerviosamente... MARCELO toma otro vaso de vino. La entrada de EDURNE en el local le distrae de cualquier otro asunto.*)

EDURNE.- (*Alarmada por el estado de su padre.*) Papá, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

MARCELO.- Se ha puesto histérico y he tenido que chillarle. Lo siento.

EDURNE.- ¿Qué ha pasado?

MARCELO.- Empezó a decir cosas raras sobre un tal Jokin, y se alteró mucho. Me preguntaba una y otra vez por él, como si estuviese obsesionado.

EDURNE.- Lo lamento. A veces pierde el control.

MARCELO.- ¿Está enfermo?

EDURNE.- Es una especie de depresión... Lo mismo está eufórico, que hundido, o reacciona violentamente. Debería haberle dado su medicación antes de dejarle venir al bar.

MARCELO.- Parece que ya se ha calmado.

EDURNE.- Por el momento.

MARCELO.- ¿Le apetece tomar un café?

EDURNE.- Tengo que llevar a mi padre a casa.

MARCELO.- Usted también tiene derecho a un respiro. Cinco minutos.

EDURNE.- Está bien *(Ambos se sientan a una mesa.)* Pero mejor que un café, prefiero un vino.

MARCELO.- Este es bueno. *(Le sirve.)* Me he dado cuenta de que vienen muy a menudo por este bar. Les he visto varios días seguidos.

EDURNE.- De lunes a viernes, sin faltar un día. Y llámame de tú, por favor.

MARCELO.- Soy Marcelo.

EDURNE.- Edurne. *(Se estrechan las manos.)*

MARCELO.- Una fidelidad extraordinaria, a la vista del local.

EDURNE.- Nos viene bien, y no es caro. Yo trabajo cerca, y mi padre pasa unas horas en un centro de día al otro lado de la calle. Venimos aquí para almorzar juntos. Comer solo es muy triste, ¿no crees?

MARCELO.- Pero acabas más rápido.

EDURNE.- Para seguir estando solo. *(Pausa.)* También te he visto varias veces aquí.

MARCELO.- Este bar es mi campamento base. De aquí salgo a explorar el mundo, y aquí regreso después de comprobar que no hay nada que valga la pena.

EDURNE.- ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

MARCELO.- ¿Y tú?

EDURNE.- Auxiliar administrativo, en una oficina.

MARCELO.- Yo a lo que va saliendo, que es más bien poco en esta comarca.

EDURNE.- Hay que ir a la capital para encontrar trabajo.



MARCELO.- Prefiero mil sitios antes que ese.

EDURNE.- ¿Lejos de aquí?

MARCELO.- Me sirve cualquiera.

EDURNE.- ¿Conoces Málaga? Yo he vivido allí casi dos años, y me encanta. Es tan distinta a todo esto...

MARCELO.- Sólo la he visitado de paso. ¿Qué hacías allí?

EDURNE.- Vender flores, y ser feliz.

MARCELO.- ¿Y por qué regresaste?

ELADIO.- (*Se entromete en la conversación, con un tono arisco, agrio.*) Era su obligación.

EDURNE.- (*A MARCELO, confidencial.*) Creo que las pastillas han empezado a hacerle efecto. Habrá que ir pensando en la retirada, antes de que la tome con alguien.

MARCELO.- Podemos seguir hablando mañana.

EDURNE.- Si coincidimos... (*Advierte el modo en que el hombre la está mirando.*) ¿Por qué me miras así?

MARCELO.- Las promesas a veces se cumplen.

EDURNE.- ¿Cómo?

MARCELO.- Cosas mías.

EDURNE.- Adiós, Marcelo (*Se estrechan la mano.*)

MARCELO.- Hasta mañana. Por cierto: ¿me vas a decir quién es Jokin? Tengo que darle las gracias por ser la causa de nuestro encuentro.

(EDURNE cambia el gesto. Sin responder, sale con su padre del bar. En la puerta, se cruzan con MIREN. Las dos mujeres se miran, como si se reconocieran. MIREN se acoda en la barra, esperando paciente la invitación de MARCELO para que se siente a su mesa. Este, visiblemente malhumorado, la increpa.)

MARCELO.- ¿Qué haces aquí?

MIREN.- Buscarte.

MARCELO.- No te he llamado.

MIREN.- Ni falta que hacía. Hay algo que quiero que veas.

MARCELO.- Estoy ocupado. (Se sirve un vaso de vino y lo apura de un trago.)

MIREN.- Una vez me dijiste que no te gustaría tenerme como enemiga. (Se sienta frente a MARCELO, que sigue bebiendo.) La compañera tenaz, dura, combativa...

MARCELO.- Y aburrida, Miren; mortalmente aburrida.

MIREN.- El aburrimiento también es una arma peligrosa: hace que tu enemigo se descomponga por dentro, entre bostezos. Me alegra ver que te he contagiado: pareces un cadáver.

MARCELO.- ¿Por qué no me dejas en paz?

MIREN.- Sólo quiero que leas esto. (Le presenta un sobre.) Está escrito por una abogada. ¿No lo quieres ver? Es una demanda, para un juzgado de familia. Como no tienes nada que hacer, he pensado que te distraería pelearme contigo por la custodia de nuestra hija. Tú y yo reunidos para una conciliación imposible. ¿A que es genial?

MARCELO.- (Amenazante.) Me importa una mierda lo que diga ese papel. Y métete en la cabeza que no voy a perder ni un solo segundo en hablar contigo de la niña, y que me paso por los cojones lo que digan en un juzgado.

MIREN.- Nunca me decepcionas, Marcelo. Me encanta verte así, itan hombre!

MARCELO.- Como presentes esa demanda, te juro que acabo contigo.

MIREN.- ¿Y a quién le vas ordenar que lo haga por ti? Ya nadie escucha las instrucciones de Marcelo. Te han dejado solo. ¿A que sigues sin llamar a nadie? Tengo la impresión de que yo he sido tu único homenaje desde que regresaste, y la juerga se quedo a medias. Los bertsolaris no hacen rimas con tu nombre, no hay pancartas con tu cara, ni banderas al viento... *(Señala en derredor.)* Si esto es tu patria liberada, entonces te han dejado el peor trocito.

MARCELO.- ¿Por qué no te callas de una vez y te largas?

MIREN.- Creo que te estás escondiendo.

MARCELO.- ¿Ah sí?

MIREN.- Te han dejado salir antes de tiempo; aún te faltaban tres años de condena. Hay que comprometerse a muchas cosas para que te pongan en la calle, así que es mejor ocultarse, para que nadie te haga preguntas incómodas. Sales y callas.

MARCELO.- No es asunto tuyo.

MIREN.- Quizás alguien te reconozca, y descubra tu escondite.

MARCELO.- Tú, por ejemplo...

MIREN.- Puedo venderte mi silencio. Ya sabes el precio.

MARCELO.- No me tomes por idiota, Miren. Gritarías mi nombre por todas partes en cuanto tuvieras a la niña a tu lado.

MIREN.- Devuélvemela y no sabrás nunca más de mí.

MARCELO.- Pero yo quiero saber de ti, como siempre. Antes me bastaba mirar entre tus piernas para encontrar Francia. Luego, en la cárcel, tu cuerpo desnudo llenaba mi celda y mis sucias fantasías. Y ahora vas a ser mi mayor certeza: Miren a mis pies cada mañana para tenerme contento y que no me enfade. Y así nos iremos muriendo juntos, Miren y Marcelo. ¡Estás obligada a dar parte puntual de ti, querida!

MIREN.- ¿De verdad piensas que estarás a salvo si me amordazas? ¡Mucha gente conoce a Marcelo!

MARCELO.- Pero, ¿quién es Marcelo? Nadie me ve, nadie me habla. Todos dirán que no soy yo. Así son las cosas, Miren. Alguien ha decidido hacerme invisible.

MIREN.- (*Comprendiendo.*) Tenéis un pacto... Pero yo no tengo nada que ver con vuestros apañíos. ¿Crees que te protege de mí, que me voy a retirar a un rincón, resignada a guardar silencio?

MARCELO.- ¿Ves como eres aburrida? Cansas a la gente con tus desgracias. Yo te diré lo que tienes que hacer (*Sujeta con fuerza el brazo de MIREN.*): tira esa demanda a la basura y vuelve mañana a verme. Me gusta sentirte pegadita a mis tentaciones. Si las haces crecer, te dejaré pensar que cada día estás más cerca de tu preciosa hija. Y ahora, invítame a un vino.

-----  
(EDURNE *con un ramo de flores blancas en la mano. Habla mientras las arregla.*)

EDURNE.- Las primeras veces que vi a Marcelo, me sentí fatal: ni siquiera me miró. Pero al final, cayó junto a mi mesa. No diré que rendido, pero cayó un poquito, lo justo para fijarse en mí. Hoy le llevo estas flores, que son las primeras que toco. (*Transición.*) Desde que dejé la tienda, no había vuelto a coger unas flores. No puse ninguna junto al nicho de mi hermano. Las flores eran mi vida, y me repugnaba envenenarlas con los restos de aquel espanto. Los vivos siempre nos inventamos patrañas para huir de los muertos. (*Jovial.*) Ayer Marcelo me tendió una trampa: apelo a mi condición de ex-florista para convencerme de que necesitaba urgentemente adornar con un ramo su apartamento. Y yo me he dejado engatusar, como una tonta. Es muy convincente cuando habla de su mal gusto, y de lo mal decorada que está su vida... No puedo defraudarle.

(MARCELO, *desde su apartamento.*)

MARCELO.- ¿No entras?

EDURNE.- Sí, gracias. (*Entra en el apartamento, y observa perpleja la pequeña estancia: sucia, desordenada, oscura...*)

MARCELO.- Me temo que tus flores están en inferioridad de condiciones. Les va a costar ganar la batalla a la porquería de este antro. Dame: las pondré en una jarra. De saber que vendrías tan pronto, hubiera ordenado esto un poco.

EDURNE.- Pensé que te corría prisa.

MARCELO.- ¿Poner aquí unas flores? Pues sí, tienes razón: cuestión de vida o muerte. La porquería está a punto de devorarme, así que a lo mejor tus dalias le sirven de aperitivo y me da tiempo a escapar.

EDURNE.- Son lirios blancos.

MARCELO.- Entiendo poco de flores, ya te lo dije. ¿No te sientas? (EDURNE *lo hace.*)

(*Silencio incómodo.*)

EDURNE.- Ya sé cuál es la canción.

MARCELO.- ¿La canción?

EDURNE.- Ayer me dijiste que habías pensado en mí.

MARCELO.- ¿Sí?

EDURNE.- Y me diste una pista para descubrir qué habías pensado: una canción de Pink Floyd que empieza por "W". He tenido que buscar en Internet. Podría ser "The wall", pero me daría pena que me vieses como un muro.

MARCELO.- No es "The wall".

EDURNE.- Entonces es "Wish you were here". Ojala estuvieses aquí.

MARCELO.- ¡Premio para la señora! Puede elegir cualquier objeto de este estudio, incluido el inquilino, pero no se olvide de tirarlo luego en un estercolero. ¿Te ha gustado el juego?

EDURNE.- Me gusta más lo que pensabas.

MARCELO.- Si supieras que pensé en ti cuando me despertó el ruido de las cucarachas en el fregadero, no dirías eso. Desear que estuvieses en ese momento conmigo no tiene perdón.

EDURNE.- *(Ríe.)* No me dan miedo esos bichos.

MARCELO.- Te prometo que sólo pensaré en ti cuando haga la limpieza general, y así no tendré remordimientos.

EDURNE.- No tardes mucho.

MARCELO.- Más me vale. ¿Vendrías entonces?

EDURNE.- Si me dejas pasar.

MARCELO.- Te daré una llave.

EDURNE.- ¿La de todas tus puertas?

MARCELO.- No quieras llegar tan lejos.

EDURNE.- ¿Por qué no sé casi nada de ti? Si me cuentas tu vida, no te cobro las flores.

MARCELO.- *(Divertido.)* Tus flores valen más que todos mis secretos.

EDURNE.- ¡Por favor!

MARCELO.- ¿Qué voy a contarte? ¿Los sitios a donde he ido, la suerte que no tuve, las guerras que he perdido...? Ya no tiene importancia. Te aburrirías. Hablemos mejor de ti.

EDURNE.- ¡Eso es trampa! Las flores y yo nos vamos de esta casa. *(Hace ademán de coger el jarrón con las flores.)*

MARCELO.- *(Cómicamente alarmado.)* ¡No, por favor, no te las llesves! Te contaré lo que tú quieras.

EDURNE.- ¿Seguro?

MARCELO.- Nunca podrás estarlo... Acepto una pregunta. Piénsala bien.

EDURNE.- Muy bien... (*Reflexiona.*) Quiero que me digas dónde estuviste antes de regresar aquí.

MARCELO.- En Miranda de Ebro, para coger el tren regional.

EDURNE.- ¡No vale! Te pregunto dónde has estado todos los años que pasaste fuera.

MARCELO.- De aquí para allá, por Francia, por España, sin detenerme mucho en ningún sitio.

EDURNE.- ¿Por qué?

MARCELO.- Eso es otra pregunta.

EDURNE.- Mis flores son muy caras, tú mismo lo has reconocido.

MARCELO.- Está bien. (*Piensa.*) Digamos que no quería que me localizasen. (*Misterioso.*) Me perseguían.

EDURNE.- ¿Quién?

MARCELO.- Te advierto que te estás quedando sin crédito. Lo que viene ahora tiene un precio más alto.

EDURNE.- Luego echamos las cuentas. ¡Sigue!

MARCELO.- Hace unos años, yo tenía una empresa, con un socio, y nos iba bastante bien. Un día, un cliente nos adelantó un dinero para hacer una compra en su nombre. Era tanta pasta, que a mi socio se le reblandeció la sesera y montó un tinglado de cojones para quedarse con ella. Él era un cabrón, y yo un imbécil, así que cuando me di cuenta, se había largado con todo, dejando atrás un montón de documentos con mi firma que me comprometían. Entonces me escapé a Francia; no me apetecía pasar varios años en la cárcel por culpa de un hijo de puta.

EDURNE.- ¿Y por qué has vuelto? Todavía pueden detenerte.

MARCELO.- La policía sabe que mi ex-socio está con el dinero en Brasil y ya no se preocupa por mí. Por eso he regresado: para morirme de asco, prefiero hacerlo en mi tierra. Soy un sentimental.

EDURNE.- ¿Qué piensas hacer?

MARCELO.- Buscarme la vida. El problema es que no sé hacer otra cosa que transacciones de "import y export", pero esa actividad está vedada para alguien con mi historial. (EDURNE *ríe con ganas.*) ¿Te parece gracioso?

EDURNE.- Perdona. Es que desde que te vi la primera vez, pensé que escondías un gran secreto, y ahora ya ves: resulta que eso del "import" y el "export" da poco juego para imaginar historias. Pero ya te sacaré partido: imi imaginación es un torbellino!

MARCELO.- Es muy tentador vivir en tus sueños.

EDURNE.- Yo no he hablado de sueños... Los sueños son siempre inocentes, pero los pensamientos...

MARCELO.- Te consienten un punto de malicia...

EDURNE.- ¿Qué prefieres: que te sueñe o que te piense?

MARCELO.- (*Reflexiona unos segundos.*) Pensar es descubrir.

EDURNE.- Y eso no te gusta.

MARCELO.- Hablo en general.

EDURNE.- Traducción simultánea: "Chica, no quieras saber más de lo que ya te he contado".

MARCELO.- Ya te dije que perderías con el trueque. Puedes llevarte las flores si quieres.

EDURNE.- ¿Me estás echando?

MARCELO.- Me estoy disculpando por decir tantas tonterías. Que te marches será mi penitencia.



EDURNE.- Eres tan raro...

MARCELO.- Un recién llegado a la tierra de los derrotados, y aún debo aclimatarme.

EDURNE.- Me encanta oírte hablar.

MARCELO.- Soy mejor cuando estoy callado. *(Acaricia a EDURNE en la mejilla y luego la besa levemente en los labios. Ambos se miran profundamente, abismados en su deseo.)* ¿Sabes? Acaba de destaparse el personaje libidinoso de tus imaginaciones.

*(Se abrazan. MARCELO conduce a EDURNE hasta la cama. Quieren desnudarse, aventurarse sin límite en lo más íntimo del otro, desbocarse en la locura, pero una fuerza extraña detiene el ímpetu de la mujer. EDURNE abandona el lecho, desconsolada.)*

EDURNE.- *(Profundamente apesadumbrada.)* Lo siento. No era esto lo que esperabas...

MARCELO.- ¿Qué dices? ¡No! Si tú supieras...

EDURNE.- Pensé que sería fácil. Es la primera vez que lo intento desde que...

MARCELO.- ¿Quién tiene la culpa de que estés así?

EDURNE.- Sólo yo; soy una tonta.

MARCELO.- También tú me cierras las puertas... Dime qué te ocurre.

EDURNE.- ¿Crees que vivir puede ser una traición?

MARCELO.- ¿Una traición? ¿A quién?

EDURNE.- A mi hermano Jokin.

MARCELO.- ¡El misterioso Jokin! Ya tengo ganas de conocerlo.

EDURNE.- Jokin está muerto. Fue hace dos años, y todavía lo tengo aquí metido *(Se toca la cabeza.)*

MARCELO.- No sé lo que sucedió, pero no debes sentirte culpable de seguir viviendo. El dolor no es un castigo. Acabarás superándolo, ya lo verás.

EDURNE.- Yo misma me repito eso todos los días, y todos los días me tropiezo con la acusación. Mi imagen en el espejo, al mirarme por las mañana, es el testigo de cargo.

MARCELO.- No le des vueltas, no vale la pena.

EDURNE.- *(Tras un doloroso silencio.)* Yo huí, Marcelo. Eso es lo que hice: buscar el lugar más alejado de mi casa, para olvidarme de todo y de todos. No soportaba vivir en el pueblo; me sentía observada, juzgada por cualquiera que se cruzaba conmigo en la calle. Le eché la culpa a mi madre: se había metido en política, de concejala en el ayuntamiento, en el puesto de una amiga suya que había matado la ETA. Aquella decisión nos jodió la vida, o al menos es lo que yo pensaba entonces. *(Pausa.)* Huí a Málaga, y corté con todo. Ni siquiera tenía teléfono. Me aterrorizaba la idea de que un día pudiera sonar y me anunciaran lo peor. Les abandoné: a mi madre, a mi padre, a Jokin, como si ya no fuesen míos. *(Busca fuerzas para continuar hablando.)* Una mañana, mi madre tuvo que ir al ayuntamiento, para votar una moción de condena de un asesinato, y alguien advirtió a mi padre para que no saliese de casa, pero mi madre siempre ha tenido un par bien puestos... Ojala ese día alguien se los hubiera roto... *(Pausa.)* Jokin apareció por casa, y se prestó a acompañarla, para protegerla. Mi padre no... Estaba muy enfadado, y muerto de miedo, y no quiso ir con ellos... Mi madre le suplicó: "Ayúdame a ser invisible", le dijo, pero él ni siquiera se inmutó. *(En un hilo monocorde de voz, como un salmo recitado mil veces.)* Les salieron al paso en una calle estrecha; mi hermano se echó sobre el que llevaba la pistola; dispararon; salieron corriendo; le dejaron tirado; mi madre ni siquiera no pudo gritar... *(Silencio. Su pena se convierte en rabia.)* ¿Quieres saber cuándo me enteré? ¡Tres días más tarde! ¿No es genial? ¡Mi escondite resultó ser perfecto! *(Se derrumba.)*

*(MARCELO no sabe cómo reaccionar. En su rostro asoman sorpresa e inquietud por lo escuchado. Calla y observa, sin acercarse a la mujer.)*

EDURNE.- *(Luchando por reponerse.)* Será mejor que me marche. Siento haberte dado el día. Debo ir a recoger a mi padre; me está esperando. Perdóname.

MARCELO.- ¿Qué pasó con tu madre?

EDURNE.- Está ingresada en un sanatorio, con problemas nerviosos. No logra superarlo.

MARCELO.- No sé qué decirte.... Yo lo lamento mucho. No imaginaba que...

EDURNE.- *(A punto de salir.)* ¿Podré verte otro día?

MARCELO.- Claro que sí; siempre que quieras.

EDURNE.- Adiós, Marcelo.

MARCELO.- Agur, Edurne.

*(EDURNE sale del apartamento. MARCELO está confuso, nervioso, y desahoga su remordimiento con violencia, arremetiendo contra los objetos que encuentra a su alcance.)*

-----

*(ELADIO, en el salón de su casa, limpia una escopeta de caza. Sobre la mesa, un caos de utensilios -aceite, paños sucios, una baqueta, piezas del arma desmontada- y suciedad. En la radio suenan coplas.)*

ELADIO.- "El ánima del cañón reclama todos tus desvelos. Descúidalo y errarás dos de cada tres disparos". Recuerdo a mi padre siempre que limpio esta parte. Y a ti también, claro: como que nunca te ha gustado que engrase la escopeta en la mesa del salón. ¿Y dónde voy a hacerlo? Te empeñas en perseguirme allá donde me ponga, con tu cantinela de que lo dejo todo perdido de porquería. ¡Si es sólo aceite, mujer, y tengo cuidado! Chíllame si quieres cuando todo este recogido y encuentres una mancha, pero no antes. *(Pausa. Espera una respuesta que no llega.)* ¿Por qué no te oigo? *(Silencio. Reposo la escopeta sobre su regazo.)* He invitado al hijo a salir al campo el domingo, a la perdiz. Tengo turno en el coto. Al chico le gusta gazapear como si fuera un chucho, levantando las aves, pero esta vez tendrá que tirar, como los mayores. La escopeta la limpio para él. *(Pausa.)* Tiembles pensando en los disparos... ¡Bah, mujer! Sabes que yo cuidaré bien de él. Conmigo nunca le pasaría nada malo. Estando a su lado... *(Se le quiebra la voz.)* Sólo aquella maldita vez, sólo aquella... *(Violento.)* ¡No tienes nada que reprocharme! ¿Quién se empeñó, eh, quién? Tenías que salir como fuese, a pesar de las amenazas, y no pensaste en él, ni en mí. ¿Para llegar a dónde, estúpida cabezota? *(Transición.)* ¡Sí, sí, sí, dejaré todo

recogido! Ni una mancha en la mesa, los paños sucios en la basura... Pero ahora, déjame con lo mío. *(Bruñe con fuerza los cañones.)* Cuando vuelvas... Será difícil cuando vuelvas. ¿Qué nos diremos? Tú con la cabeza tan frágil, la niña Edurne con su cara de palo, y yo con el alma repodrida de remordimientos. ¡Menudo panorama! Aquí los tres, mudos, en medio de este cuarto, esperando que alguno pronuncie la primera palabra del fin de nuestros días... Casi sería mejor que no regresaras, mi vida. En esta casa no nos queda nada. *(Monta el arma, se la encara y amaga el disparo a blancos en movimiento.)* ¡Palabra! *(Dispara.)* ¡Palabra! *(Dispara.)* ¡Palabra! *(Dispara. Ríe satisfecho de su éxito.)* ¡Tres de tres! Eso es puntería y un cañón como una patena. *(De mala manera, echa todos los utensilios de limpieza en una bolsa de plástico.)* Ya limpiará la Edurne esta porquería. *(Se sienta satisfecho, con la escopeta sobre sus rodillas.)* Me quedan dos cartuchos, los últimos. Los guardo bien escondidos, por lo que pueda pasar. *(Los saca de su bolsillo y carga la escopeta.)* Uno para la venganza del hijo; el otro, para mi gloria eterna.

*(La puerta se abre y entra EDURNE, de perceptible mal humor.)*

ELADIO.- Ya era hora. Pensé que no cenábamos.

EDURNE.- Tenía que hacer.

ELADIO.- He venido solo desde el centro de día. Te esperé casi una hora. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

EDURNE.- *(Apaga el transistor y repara en la mesa llena de restos de suciedad.)* Por Dios, papá: has dejado la mesa llena de grasa.

ELADIO.- Eres tan pesada como tu madre.

EDURNE.- Pero yo no voy a limpiar tu mierda.

ELADIO.- ¡No te consiento que me hables así!

EDURNE.- ¡Y yo que menciones a mi madre!

ELADIO.- Hablo de ella cuando me da la gana. Es mi mujer. ¡Jua-na!, ¿lo oyes? ¡Jua-na!

EDURNE.- Si quieres cenar, ya puedes quitar esa porquería de la mesa.

ELADIO.- Tengo una escopeta. Puedo obligarte a limpiar.

EDURNE.- *(Haciendo caso omiso.)* Voy a traerte las medicinas.

ELADIO.- *(Se incorpora y apunta a su hija.)* ¡Te estoy apuntando! ¿Es que no te asusta?

EDURNE.- No tienes munición, papá. Ni coraje.

ELADIO.- *(Irritado.)* ¡Niña! ¡Mírame cuando te hablo! *(EDURNE sigue a lo suyo, y ELADIO la persigue, escopeta al hombro, de un lado para otro.)* Ya sé por qué me odias.

EDURNE.- Yo no te odio, papá.

ELADIO.- Me odias porque soy parte de ti, porque mi remordimiento también es el tuyo, porque tenemos el mismo miedo. *(Muy alterado, reafirma sus amenazas.)* ¡Puedo matarte ahora mismo! Me quedan dos cartuchos.

EDURNE.- *(Muy tranquila.)* Muy bien: dispárame, pero la mesa la limpias tú.

*(EDURNE se marcha a la cocina. ELADIO, desconcertado, apunta al vacío. Despacio, baja el arma, la abre, extrae los cartuchos y se sienta después. EDURNE regresa con un vaso de agua y las medicinas.)*

ELADIO.- *(Quejoso, como un chiquillo.)* ¿Por qué no fuiste a buscarme?

EDURNE.- Tenía que ver a una persona.

ELADIO.- Me dejaste solo.

EDURNE.- Tómate las pastillas. *(ELADIO obedece.)*

ELADIO.- ¿Es un novio?

EDURNE.- No, papá.

ELADIO.- Ten cuidado con quién te juntas.

EDURNE.- Anda: pasa esto por la mesa. *(Le da un paño.)*

ELADIO.- *(Frotando con desgana.)* ¿Has pensado que harás conmigo, y con tu madre cuando vuelva? No sabremos vivir solos. Dos trastornados, cuidándose el uno al otro. Ya nos abandonaste una vez...

EDURNE.- Trae eso *(Le quita el paño y limpia con energía la mesa.)* Y haz el favor de guardar la escopeta.

ELADIO.- Sí; ya no la necesito *(La desmonta para guardarla en su funda.)* Al final, siempre limpias tú la mesa.

*(Suena un teléfono móvil. EDURNE lo recupera de su bolso.)*

EDURNE.- ¿Sí? ¡Marcelo! *(Baja la voz y se aleja de su padre.)* Gracias por llamar (...) Perdóname tú; no debería haberte contado todo eso (...) A lo mejor lo necesitaba, tienes razón. No hablo con mucha gente (...)

ELADIO.- ¿Con quién hablas? ¿Qué le has contado?

EDURNE.- Claro (...) Ahora no puedo (...) Mañana, muy bien (...) ¿Comer panchitos en un banco? *(Ríe.)* ¡Qué ocurrencia! (...) ¿Por qué no? Puede ser divertido (...) Hasta mañana (...) Yo también. *(Cuelga.)*

ELADIO.- ¿Has quedado para mañana?

EDURNE.- ¿Vas a cenar algo?

ELADIO.- Tienes que acompañarme al centro de día, y luego almorzar conmigo. No podrás verte con nadie.

EDURNE.-Te haré una tortilla. *(Entra en la cocina.)*

ELADIO.- ¿Puede saberse quién es ese Panchito? Tiene un nombre ridículo.

-----  
(MIREN en el apartamento de MARCELO. Ella está de pie, suspicaz, cerca de la puerta. Él tumbado en la cama, indiferente a los recelos de la mujer.)

MIREN.- Ayer te vi en el parque, con una mujer.

MARCELO.- ¿Te importa?

MIREN.- ¿La invitaste a panchitos?

MARCELO.- Muy observadora.

MIREN.- Aún te funciona esa vieja treta... Es absurda, pero te sale barata.

MARCELO.- Lo recuerdas muy bien.

MIREN.- Comimos muchas bolsas en Francia.

MARCELO.- No había otra cosa para pasar el rato.

MIREN.-Y hoy me llamas a mí...

MARCELO.- Acércate.

MIREN.- *(No se mueve del sitio.)* ¿Quieres entrenar conmigo para no defraudar a tu amiga? Supongo que tendrás panchitos para pagarme. Yo me vendo muy cara, cielo.

MARCELO.- *(Ríe.)* Estás como una cabra.

MIREN.- Por eso te he seguido todos estos años. De haber estado en mis cabales, ni siquiera te hubiera tendido la mano cuando nos presentaron.

MARCELO.- Te tendiste tú entera, Miren. ¿Te acuerdas? Una noche completa de pasión apenas una hora después de conocernos.

MIREN.- Recuerdo todas nuestras noches, Marcelo. Las noches de horror, las de asco, las noches en que sudábamos de puro miedo... Hasta incluso recuerdo una o dos de amor.

MARCELO.- No seas tan novelera. Dormíamos siempre a pierna suelta, pasase lo que pasase.

MIREN.- Eso es lo que siempre me ha espantado: que dormíamos bien, a pesar de todo.

MARCELO.- Ventajas de la juventud. Te llevas a dos "pringaos" por delante, y el polvo te dura el doble.

MIREN.- Eso sí que te ponía, ¿verdad? La pena es que te has quedado sin estímulos.

MARCELO.- A cada edad, su vitamina. Ahora me pones tú, Miren.

MIREN.- Te excita saber cuánto me estás jodiendo...

MARCELO.- Me calienta pensar que voy a joderte...

MIREN.- ¿En serio crees que he venido para calentarte la cama?

MARCELO.- Te llamo y vienes. Allá tú con tus razones.

*(MIREN duda, pero responde al reclamo y se aproxima a la cama. Se sienta junto a MARCELO. Con cierta desgana, devuelve las caricias que él le prodiga y se desabrocha la camisa entre los besos y torpes manoseos del hombre.)*

MIREN.- *(Falsamente mimosa.)* Me tratas siempre tan mal...

MARCELO.- Chiiissttt, no hables.

MIREN.- No quiero ser la segunda.

MARCELO.- Tienes que ser constante, Miren. Venir a verme, a rogarme. Sabes que eso te funciona.



*(Un golpe les sobresalta cuando más intenso es su abrazo. Es como si algo o alguien hubiera topado contra la puerta del apartamento.)*

MIREN.- ¿Qué pasa?

MARCELO.- Es en la puerta. Creo que hay alguien del otro lado. *(Se acerca sigiloso, tratando de percibir nuevos sonidos delatores. Abre la puerta de golpe, pero no encuentra a nadie. Sólo un ramo de lirios blancos. MARCELO, sabedor de su secreto, los recoge y cierra la puerta.)*

MIREN.- *(Extrañada.)* ¿Y esas flores?

MARCELO.- Las encargué.

MIREN.- ¿Tú? No me hagas reír.

MARCELO.- Este apartamento es muy triste. *(Tira el ramo ya mustio que ocupa el jarrón y lo sustituye por el nuevo.)*

MIREN.- A ramo muerto, ramo puesto. ¿Cuál de los dos soy yo?

MARCELO.- ¿Cómo?

MIREN.- Que si me tiras o me quedo.

MARCELO.- Qué chorradas dices.

MIREN.- Los servicios a domicilio esperan siempre a que les abran. No dejan el pedido junto a la puerta.

MARCELO.- A lo mejor nos oyeron y les dio apuro llamar.

MIREN.- Son de ella, la devoradora de panchitos. También te regaló las otras.

MARCELO.- No es asunto tuyo.

MIREN.- Supongo que algo sí. Fíjate qué coincidencia: fue veros en el parque, y en seguida la reconocí: era mi vieja amiga Edurne! ¿Qué te parece? Una tía muy legal, de las implicadas. ¿Sabías que ella también tonteoó con la organización hace años? Se metió incluso en alguna movida; no gran cosa, claro, pero se podía contar con ella. Hasta pensó en pasarse a Francia... Chico, ¡qué careto se te ha puesto! ¿No me digas que no te lo ha contado?

MARCELO.- No.

MIREN.- Pues tengo más sorpresas. Una vez salió su foto en la portada de los periódicos. La pobre estaba toda de luto y llorando, abrazada a su padre mientras la mano de un ministro pugnaba por un primer plano posada sobre su mejilla. Fue en el funeral de su hermano. Os cargasteis al chaval en lugar de a la madre. Supongo que te contarían los detalles en la cárcel, así que te los ahorro. *(Pausa.)* ¿No dices nada?

MARCELO.- Siento joderte el notición, Miren, pero ella misma me lo contó.

MIREN.- Entonces ya sabes que te acuestas con tu enemigo. Dime: ¿has notado el sabor del nombre de su hermano cuando la besas? ¿Te enjuagas después? ¿Crees que ella sospecha algo? No, eso no: ¡cómo va a saber quién eres y seguir trayéndote flores frescas cada día! Qué ingenua. *(Se acerca al ramo y acaricia una de las flores.)* Si supiera que se mueren en cuanto tú las hueles...

MARCELO.- Déjalo ya.

MIREN.- ¿Haces experimentos, Marcelo? *(Con tono profesoral.)* "El coito como prolongación de la lucha armada" *(Ríe.)* La ciencia al servicio de la causa. Si quieres, yo también seré tu conejillo de indias. ¡Ábreme en canal! *(Se abalanza divertida sobre MARCELO, que la rechaza.)*

MARCELO.- ¿Por qué no te marchas?

MIREN.- Marcelo tiene un plan, ¿no es eso? Al final, Edurne acabará por saberlo todo, pero ya será muy tarde. Le habrás ido quitando sus plumas una a una, y cuando no le quede ninguna defensa, abrirás tu enorme bocota y la engullirás entera. Pero también puede ocurrir que lo descubra antes. ¿Qué harás entonces, Marcelo? Ya sabes cómo duele la mirada de esa gente.

MARCELO.- ¿Crees que me preocupa eso? Ya no pueden hacerme daño; me he acostumbrado a sostener las peores miradas sin que me duelan los ojos. Las he sentido a docenas, en la sala del juicio.

Ojos de corderos degollados, aplastándose contra el cristal que nos separaba. ¿Qué pretendían? Me habían cogido, ¿no? y me tocaba perder. Yo les jodí primero y ellos me jodían después. Era el juego. Pero ahora nadie tiene derecho a mirarme de esa manera. Es lo convenido.

MIREN.- Eres un imbécil si piensas que tu pacto secreto te va a salvar de Edurne, o de su padre.

MARCELO.- No tienen por qué descubrirlo.

MIREN.- Por supuesto, ¿quién se lo va a contar?

*(MARCELO y MIREN se retan con la mirada.)*

-----

*(EDURNE en la calle, esperando impaciente. Acude a una cita que la desagrada profundamente, pero que no ha querido eludir. MIREN se acerca. Ambas mujeres se observan en silencio.)*

EDURNE.- *(A MIREN.)* ¿Por qué me has llamado?

MIREN.- ¿Aún te acuerdas de mí?

EDURNE.- Sí.

MIREN.- ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Catorce años?

EDURNE.- Desde que dejamos el Instituto.

MIREN.- Cuando yo me pasé a Francia... Habíamos planeado hacerlo juntas.

EDURNE.- Lo he olvidado.

MIREN.- Tú también has estado unos años fuera. En Andalucía, ¿no? Nada que ver con Francia.

EDURNE.- Tú sabrás.

MIREN.- Me enteré de lo de tu hermano. Lo sentí mucho.

EDURNE.- Ya.

MIREN.- ¿No me crees?

EDURNE.- Da igual.

MIREN.- Piensas que no he cambiado... Hace mucho que dejé todo eso. ¿Sabes? Tengo una hija. Se llama igual que tú. Me encantaría que la conocieses. Ahora no está conmigo. Ellos no consienten que la niña viva con una renegada. Ya sabes a quiénes me refiero...

EDURNE.- ¿Esperas que te compadezca?

MIREN.- En realidad, no espero nada de ti.

EDURNE.- No me has dicho para qué querías verme.

MIREN.- Tal vez no ha sido buena idea.

EDURNE.- Es cosa tuya.

MIREN.- Has aceptado venir, a pesar de todo. ¿Crees que aún nos une algo a las dos?

EDURNE.- Para mí no eres nadie, Miren. Ni te oigo, ni te veo, ni te siento.

MIREN.- Quieres descubrir si eres capaz de hacerme daño...

EDURNE.- Estamos perdiendo el tiempo.

MIREN.- Yo sí quiero hablarte de algo.

EDURNE.- ¿De qué podemos hablar tú y yo?

MIREN.- De Marcelo.

-----

*(Transición. MARCELO en su apartamento, inquieto, buscando razones y consuelos. Las dos mujeres, bajo otra luz, se escuchan en silencio.)*

MARCELO.- ¡Un paseo en coche con ventanillas! He aquí la más extraordinaria aventura de mis últimos diez años de vida. Una mañana te despiertas en tu celda, y un funcionario viene a buscarte y te lleva hasta un coche, icon ventanillas transparentes!, y te montas, y te sacan fuera, y empiezas a tragarte el mundo por los ojos. El interminable secarral que rodea la prisión te parece el paisaje más bello; sientes que te mueves, ique te mueves, joder!, y la palabra lejos vuelve a existir, es real. Sólo quien lo ha experimentado, es capaz de comprender cómo te afecta algo así después de diez años encerrado.

-----  
*(En el rincón donde hablan MIREN y EDURNE.)*

EDURNE.- *(Visiblemente alterada.)* ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿A dónde quieres llegar?

-----  
*(MARCELO prosigue su monólogo.)*

MARCELO.- Si te cuento estas cosas es para que comprendas lo que me pasa. Sólo si te han negado durante años un abrazo, o a una mirada de deseo, puedes entender cómo te esclaviza el primer beso que recibes. Así me tienes, Edurne. Soy culpable de incumplir todas las leyes: iabstente de toda relación personal! irenuncia a cualquier contacto no autorizado! itelefonearás sólo a quien se te diga! iarrodíllate al paso de la paz! Yo, el primer caso de reinserción en el nuevo clima de paz, estoy traicionando todas mis promesas. Tus besos me lo ordenaron, Edurne, y no pude decirles que no. *(Pausa.)* No escuches lo que puedan contarte sobre mí. ¡Esa zorra te llenará la cabeza de embustes! Miren no sabe nada, sólo quiere separarnos. ¿Es que no lo ves? ¡Vuelve a mí, por favor! *(EDURNE dirige su mirada al lugar donde está MARCELO.)* Yo nunca vacilé cuando había que dar una lección, y guardé todo ese odio cuando dejé la cárcel: creía que era lo único que podía salvarme aquí fuera... Pero ya no, Edurne, ya no; fue verte y sentir que se agotaba. Me has desarmado, y sin embargo voy a herirte de muerte. Sé que Miren te lo está contando, acusándome... Te dirá que yo di la orden de matar a la concejala, de callarla para siempre. ¡No oigas sus palabras! Si la escuchas, me juzgarás por tus ojos y tus oídos, y me negarás el indulto que exigen tus manos después de tocarme; tu cuerpo entero rebelándose contra tu cerebro. ¿Quién vence, mi amor, quién vence?

-----  
*(Transición. EDURNE abandona la compañía de MIREN y entra en el apartamento de MARCELO.)*

MARCELO.- No te esperaba.

EDURNE.- He terminado antes de lo que pensaba, y me sobraba tiempo.

MARCELO.- Lo malgastas viniendo aquí.

EDURNE.- Quería verte.

*(Silencio.)*

MARCELO.- A propósito: gracias por las flores.

EDURNE.- Espero que las encuentres rápido.

MARCELO.- ¿Por qué no llamaste?

EDURNE.- Pensé que no estabas.

MARCELO.- Tal y como las dejaste, parecía un ramo de despedida.

EDURNE.- Qué tontería.

MARCELO.- Lo hubiese entendido. Oíste ruidos demasiado explícitos...

EDURNE.- Ahora ya no importa.

MARCELO.- ¿Ahora no, y antes sí? ¿Cómo es eso, Edurne?

EDURNE.- *(Visiblemente nerviosa, centra su atención en las flores del jarrón.)* ¿Cómo se te ocurre ponerlas así? Hay que dejar que respiren. ¿Les has cambiado el agua? El jarrón está lleno de

porquería. ¿Es que no puedes hacer nada como Dios manda? Si no te gustan, las tiras, pero nos las trates como si fuesen una mierda.

MARCELO.- Ya te dije que no se me dan bien las plantas.

EDURNE.- (*Furiosa.*) ¡Son flores!

MARCELO.- Vale, flores; pero tampoco sé arreglarlas.

EDURNE.- Te funciona bien ir de macho inútil, ¿no? Atrae a las tontas como yo. ¿Hay algo que sepas hacer? Algo tiene que haber, ¿no? ¿Marquetería? Leí una vez que en las cárceles enseñan a los presos a fabricar juguetes de madera, y que luego los venden a cincuenta céntimos, y que te reducen la condena por cada mil vendidos. ¿Qué tal se te daba a ti, Marcelo?

MARCELO.- Has hablado con Miren, ¿verdad? No es de fiar.

EDURNE.- La conozco bien, ¿no te lo ha dicho?, y sé que siempre ha mentado. La enseñasteis a engañar. Éramos íntimas en el instituto; por eso aprendí muy pronto a distinguir sus embustes. Hoy no ha mentado.

MARCELO.- Le sobran razones para engañarte. Diría cualquier cosa para acabar con nuestra relación.

EDURNE.- ¡Los celos potencian la imaginación! Viajar a Francia es una fuga; errar sin rumbo fijo es en realidad un traslado de penal en penal; un empresario estafado por su socio es finalmente un terrorista; y un desfalco... ¿en qué se convierte un desfalco? ¿En un asesinato? ¡Dime que todo eso no es más que el delirio de una enferma, y empezaré a creerte ahora mismo! (*MARCELO calla. Sin atisbo de remordimiento, reta a EDURNE con su silencio.*) Ni siquiera te inmutas... ¿Es que no te dan asco tus mentiras?

MARCELO.- Tú amas mis mentiras, Eurne. No deberías repudiarlas tan rápido. Todavía pueden servirte.

EDURNE.- (*Furiosa.*) Eres un cínico hijo de puta ¡Tú eres uno de ellos!

MARCELO.- ¿Qué te ha dicho Miren?

EDURNE.- ¡Que eres de la organización, joder! ¡Que te alegrabas con cada atentado, que compartías todas sus decisiones! ¿También brindaste por la muerte de mi hermano? Cuando te lo conté, sentí que te conmovías. ¡Júrame que no me engañabas!

MARCELO.- En la cárcel no hay matices. Si algo no te gusta, finges. Odian las discrepancias. Pero debes creerme: cuando me enteré de lo de tu hermano, no me callé. Les dije que me parecía una barbaridad lo que hizo aquel gilipollas.

EDURNE.- ¿Qué se equivocara de objetivo? ¿Que desperdiciará dos balas? ¿Eso es lo que te indignó?

MARCELO.- ¡No, joder, no! Nunca aprobé aquella acción, ni antes ni después. Miren no tiene ni idea de lo que pasó. Hace años que rompió con la organización, no tiene contacto con nadie.

EDURNE.- (*Desengañada, llorosa, hundida.*) Me dejaste hablar, Marcelo... Yo no sabía quién eras, y me dejaste hablar. ¿Qué hiciste con mis palabras? Me las arranqué una a una para mostrarte mi dolor, para invitarte a ser parte de él, y tú las saboreabas como si fuesen un dulce. Yo decía "muerte", o "hijo", y tú paladeabas "triumfo". ¿Por qué me dejaste hablar? ¿Por qué no me forzaste cuando no pude hacer el amor contigo? Pudiste morderme los labios, arrancarme la lengua, destrozar mi vientre con tu furia, y no me hubiera importado, ¡pero preferiste dejarme hablar! ¿Tanto me odias?

MARCELO.- Cuando me contabas lo de Jokin, pensaba en mi derrota. Sé que no puedes comprenderlo. Yo soy el que se esconde, Edurne; yo soy el que debe renunciar cada día a todo lo que le importa. Vivo aplastado contra el suelo; no puedo mirarlos, no puedo gritarlos a la cara mi propio sufrimiento. ¡Yo soy el perdedor! (*Pausa. Observa el efecto demoledor que sus palabras han tenido sobre EDURNE y se arrepiente*) Lo siento. No sé lo que digo. ¡Maldita sea! Esto es justo lo que ella quería. Miren es muy persuasiva. Sabe que puede vencerte si juega con tus celos y con tu rencor.

EDURNE.- ¡No es Miren quien me está venciendo!

MARCELO.- ¡Son los malditos hados negros! ¿Es que no lo ves? Te están aplastando. Les has oído tantas veces, que los llevas pegados a ti. ¡Los hados negros! Haces lo que te dictan, aunque te mueras de tristeza. La vida es su enemiga. Los matas una vez, pero se reproducen constantemente. Ahora mismo están por todas partes, llenando esta habitación. Yo te ayudaré a eliminarlos. (*Abraza a EDURNE*)



*por su espalda, y como si fuese una marioneta, maneja sus brazos batiéndolos en el aire.) ¡Muérete, hado, muérete!*

EDURNE.- No puedo. ¡Suéltame, suéltame!

MARCELO.- Sí puedes. Basta con una verdad por cada manotazo. Que yo estoy arrepentido; que no puedes vivir bajo una losa; que yo grité "¡no!" cuando lo supe; que tu tiempo pasa; que me quieres; que yo te adoro; que no nos queda más que esto...

EDURNE.- *(Desesperada.)* ¡Pídeme que te crea!

MARCELO.- ¡Créeme por favor, créeme! *(Abraza con fuerza a EDURNE.)*

*(EDURNE se separa. MARCELO le acaricia levemente la mejilla. EDURNE se acurruca en un rincón.)*

-----

*(En la calle, MIREN y ELADIO caminan mientras comparten la cerveza de una botella de litro. La mezcla de la medicación con el alcohol está afectando a ELADIO, que se muestra ridículamente chispeante y gracioso.)*

ELADIO.- El que crea en la suerte, es un imbécil. Observación y paciencia, ese es el truco. Y aprovechar la ocasión, naturalmente. Si no hubiese sido por ti, me habría arrancado los pelos de desesperación.

MIREN.- ¡Qué exagerado!

ELADIO.- ¡Estaba a huevo, joder, llena a rebosar! Y yo sin un euro para echar. Cada vez que entraba alguien en el bar, te juro que me moría de angustia. ¡Como eche, lo mato, vaya si lo mato! A una vieja le tuve que decir que la máquina daba calambre para que no metiera la vuelta de un café.

MIREN.- ¿Te hizo caso?

ELADIO.- ¡Qué va! Se llevo tres euros, la muy cabrona. Dame otro poco. *(MIREN le pasa la botella.)* Te debo la vida, ya lo sabes.

MIREN.- Ha sido una inversión.

ELADIO.- Y de las buenas. Ciento veinte euros a repartir por sólo dos euros invertidos. ¿Por qué me los prestaste?

MIREN.- Tenías cara de ser un experto. Me dije: "Si este tío echa, seguro que gana una pasta". Y acerté.

ELADIO.- Y para rematar el favor, me traes al pueblo en coche.

MIREN.- Es lo menos, ¿no? Si no es por tí, no tengo para gasolina.

ELADIO.- Ya lo ves: tú me ayudas por tan poco y mi hija, que me debe la vida, me deja tirado durante horas en el bar. ¡Pues que se joda! Me he ido sin dejar recado para ella.

MIREN.- Habrá tenido algún imprevisto.

ELADIO.- ¡No la defiendas! Es de tu misma raza, pero no sois iguales.

MIREN.- ¿De mi raza?

ELADIO.- Jodidos niñatos. Así es como os llamo a todos.

MIREN.- Eres un borde.

ELADIO.- A mucha honra. Me he ganado el derecho a serlo. (*Bebe un trago.*) La niña se ha echado un novio. El muy capullo se llama Panchito. ¿Tú te crees? Hay que ser cretino para dejar que te llamen así, como si fueses un cantante de boleros. Bueno, pues desde que se come a su "panchito", a mí no me hace ni caso. ¿Tú tienes novio?

MIREN.- No.

ELADIO.- Entonces no te importará si me arrimo un poco. Nadie me va a reclamar.

MIREN.- A la distancia de la botella, y ni un paso más. *(La botella, alineada con su boca mientras bebe, marca el límite de la aproximación de ELADIO.)*

ELADIO.- *(Juguetón.)* Al alcance de un buen tiento. *(Alarga su brazo y toca el pecho de MIREN, que se revuelve.)*

MIREN.- *(Divertida.)* ¡Pero bueno!

ELADIO.- Sexo y riqueza. La mejor combinación para un día completo.

MIREN.- ¿Y qué opina de eso tu mujer?

ELADIO.- No creo que quiera apuntarse.

MIREN.- Se va a enfadar mucho contigo.

ELADIO.- Está lejos, no se va a enterar.

MIREN.- Alguien puede irle con el cuento. Hay mucho cotilla en estos pueblos.

ELADIO.- *(Ríe.)* La pobre tiene el cerebro como una toalla empapada. Con tanta droga, no comprende nada.

MIREN.- ¿Está enferma?

ELADIO.- En tratamiento psiquiátrico desde hace dos años, internada en un sanatorio.

MIREN.- ¿Volverá pronto a casa?

ELADIO.- ¿Y qué más da eso ahora? Cuando venga, ya nos enteraremos todos. Inundará la calle con sus gritos: "¡Eladio, inútil, bueno para nada! ¿Qué estropicio has armado en mi ausencia? ¡Cerdo, que eres un cerdo!" *(Ríe.)* Todo un carácter mi santa esposa. Siempre haciendo su voluntad, sin interesarse por mi opinión ni la de nadie.

MIREN.- Seguro que estás deseando verla.

(ELADIO *no responde. Apura el contenido de la botella, y apenas acaba su largo trago, sufre un mareo. MIREN le ayuda.*)

MIREN.- ¿Te encuentras mal?

ELADIO.- No debo beber tanta cerveza. Va fatal con las medicinas.

MIREN.- ¿Puedes caminar?

ELADIO.- Creo que sí.

MIREN.- Apóyate en mí. Te acompaño hasta tu casa.

ELADIO.- Se acabó la juerga. (*Avanzan unos pasos, y ELADIO se detiene.*) Espera: ¿qué camino es este?

MIREN.- El más corto. (*Tira de ELADIO.*) ¿No lo reconoces?

ELADIO.- (*Nervioso.*) Claro que lo conozco.

MIREN.- Habrás pasado cientos de veces por esta calle.

ELADIO.- (*Angustiado.*) ¡Pero ya no paso, ya no paso!

MIREN.- Sigue caminando.

ELADIO.- Para, por favor, ¡para! No puedo ir más allá, ¡no puedo!

MIREN.- (*Dura.*) ¿Se puede saber qué te pasa?

ELADIO.- Deja que me marche. Iré por otro camino.

MIREN.- (*Impide la huida de ELADIO.*) Este es el mejor. Llegaremos en seguida.

ELADIO.- (*Violento.*) ¡Quítate del medio! (*Trata de apartar a MIREN, pero paga el esfuerzo y cae al suelo, mareado.*) ¡Oh, Dios!

MIREN.- ¿Ves? Ya hemos llegado. *(Le habla al oído.)* Estás justo donde querías, ocupando el lugar de tu hijo Jokin; tus rodillas donde se descarnaron las tuyas al caer, tu cara a pocos centímetros de donde golpeó la suya. Si la bajas un poco más, hasta podrás ver el dibujo de su rostro en el asfalto. *(ELADIO está completamente hundido, sollozando.)* Fue aquí donde ocurrió: lo he visto en las fotografías de los periódicos. Por eso no has vuelto a andar por esta calle desde aquel día. Pero tenías que hacerlo, créeme, era necesario. Estoy aquí para ayudarte. Voy a mostrarte la ruta correcta, la que te llevará hasta tu hijo, y hasta Juana, tu mujer. Si la recorres, ella no te chillará más, ni estará enfadada contigo, porque habrás hecho lo que te corresponde. Eres el padre, Eladio, ¡el padre! Vamos. *(Ayuda a levantarse a ELADIO.)* Te contaré un secreto mientras caminamos. Sé quién mató a Jokin.

---

*(EDURNE regresa a su casa. Su voz la antecede)*

EDURNE.- Papá, ¿estás ahí? *(Entra.)* ¿Papá? *(Cuando comprueba que no hay nadie, hace una llamada desde su móvil.)* Sí, hola, soy Edurne. Quería saber si mi padre está en el centro (...) ¿No? (...) Nada, no te preocupes. Fui a buscarle al bar y ya se había marchado; pensé que podría haber vuelto allí. Seguro que aparece por casa en cualquier momento. Gracias. Hasta mañana. *(Cuelga. Malhumorada, habla al padre ausente.)* Muy bien, papá: supongo que vendrás cuando te dé la real gana. No pienso preocuparme. Estoy harta, ¿sabes? Debería ser yo la que se largase para siempre. Podría llenar ahora mismo la maleta, dejarte una nota con un falso "lo siento, padre", y desaparecer. Ya lo hice antes, ¿no? Me iría corriendo a buscar a Marcelo *(Ansiosa.)* Tengo que decirle que le creo, que ya he tirado a la basura mis viejos rencores, y que le creo. *(Llama de nuevo con el móvil.)* Tú no sabías nada de lo que iba a ocurrir. Dime otra vez que fue así, que te enfrentaste a los tuyos cuando te lo dijeron. Cuéntamelo mil veces, Marcelo, hasta que sea la única verdad. *(Cuelga.)* No me contestas... ¿Qué me has hecho, Marcelo? Yo estaba tan tranquilamente amargada, y tuviste que venir tú a enseñarme otras penas nuevas, de las que más duelen porque son penas de vivos, y no de muertos como las de esta casa. Y ahora te tengo aquí dentro *(se toca el pecho.)*, como un regalo envenenado, y no te puedo arrancar porque me muerdes el corazón cuando lo intento. Tengo que creerte, Marcelo, tengo que creerte para seguir viviendo. *(Intenta una nueva llamada.)*

---

*(En el apartamento de MARCELO. ELADIO está sentado, con la escopeta montada, alerta. Frente a él, MARCELO, de pie, con un fresco ramo de lirios en las manos, atónito, patético. Suena inútilmente el móvil de Marcelo.)*

ELADIO.- Son malos tiempos. Ni el dolor de una familia se respeta. Intentas vivir al margen, pero es inútil. Hay cosas demasiado fuertes, tan duras que es imposible apartarlas de uno. Por ejemplo, verte a ti, y que tú me veas. ¿Con qué derecho me miras? ¡Baja la vista! (*Apunta a MARCELO.*) Aquí estás, otra vez en la calle, pateándola como si fuese tuya. Nos engañaron como a idiotas; nos dijeron que esta tierra era nuestra porque la manchamos con nuestra sangre, pero te han dejado salir para que la pisotees y escupas sobre ella.

MARCELO.- Estás desbarrando.

ELADIO.- ¡Calla! Caí donde Jokin cayó, y sentí el aliento que dejó sobre el pavimento. Ha estado allí todo el tiempo, aguardando a que su padre lo respirara por fin. No te imaginas la fuerza que me ha dado. Siento que todo empieza a estar bien. (*MARCELO trata de cambiar de posición.*) ¡Quieto! Debí sospechar de ti cuando me quitaste la máquina. Alguien que hace eso no es de ley: los turnos son sagrados, todos los respetan. Es la primera norma de la convivencia.

MARCELO.- ¿Vas a matarme por eso?

ELADIO.- Ya nadie habla de Jokin, ni de su madre. En la radio sólo hay canciones. Están callando sus nombres por vergüenza. Los mismos que no vieron ni oyeron nada, los mismos que se alejaron corriendo mientras mi hijo agonizaba, ahora cantan sin parar.

MARCELO.- ¿Tú también?

ELADIO.- ¿Qué dices?

MARCELO.- Los cobardes cantan, los que huyeron cantan, y los que dieron la espalda a los suyos, cantan más alto que nadie.

ELADIO.- ¡Silencio!

MARCELO.- Sé que no fuiste, que te negaste a acompañar a tu mujer ese día, que no quisiste escucharla. ¿Qué es lo que te dijo? "Ayúdame a ser invisible".

ELADIO.- ¡Y qué si hubiera ido! Tú ya habías dado la orden: matar a Juana, la concejala, para que no llegue nunca al ayuntamiento. ¡Matar a la concejala, matar a la concejala! (*Golpea con rabia a MARCELO con el cañón del arma, y este se dobla de dolor.*) Sí, podría haber sido yo el muerto, pero Dios, o quién sea que nos estrangula cada día, decidió matarme lentamente, hasta los límites más horribles de la agonía. Hoy es el fin. Tengo dos cartuchos. (*MARCELO se incorpora poco a poco.*) ¡Recoge las flores!

MARCELO.- A la mierda las flores...

ELADIO.- Serán tu mortaja. Un regalo muy oportuno.

MARCELO.- (*Furioso.*) ¿Quieres saber quién me trae las flores? (*De una patada, lanza el ramo contra ELADIO.*) ¿Quieres saberlo? ¡Tu hija Edurne! Ramos a cambio de mis favores.

ELADIO.- Eso es mentira.

MARCELO.- Viene a esta casa todos los días, mientras tú te pudres en el bar, esperándola.

ELADIO.- Ella no haría eso jamás.

MARCELO.- Edurne me sigue hasta aquí si yo se lo pido, y se tumba en esa cama en cuanto le susurro lo que me apetece.

ELADIO.- ¡No!

MARCELO.- Edurne me cuenta todos vuestros secretos. Edurne me habló de su odio contra ti, me delató tu cobardía.

ELADIO.- ¡No sabes nada!

MARCELO.- Me trae flores y me escucha cuando le hablo. Edurne sabe perfectamente quien soy, y lo que he hecho, y cada orden que di, pero sigue conmigo, a pesar de todo. Se está liberando por fin de vuestra maldita obsesión.

ELADIO.- (*Histérico.*) ¡Basta, basta! ¡Voy a matarte!

MARCELO.- Os está traicionando, Eladio; a ti, a tu mujer, a la memoria de su hermano. ¿Vas a matarla también? Sólo tienes dos cartuchos. ¿A quién salvas?

*(ELADIO aprieta el primer gatillo, pero no hay disparo. MARCELO aprovecha su desconcierto y forcejea con él hasta desarmarlo.)*

MARCELO.- La humedad corroe hasta la venganza. Es lo que tiene el clima de este país: te obliga a renovar la munición cada poco tiempo si quieres que sea efectiva. Es lo primero que aprendí, a unir furia y técnica para ser infalible. *(Pausa.)* ¿Qué nos queda por hacer, Eladio? ¿Hablar? Yo ya no tengo ganas, y tú tampoco.

ELADIO.- Dispárame ya, hijo de puta.

MARCELO.- ¿Por qué crees que voy a dispararte? Antes de salir de la cárcel, pensaba que la única forma de arreglar las cosas era daros un par de hostias donde más os duele. Así nunca os olvidaríais de lo que podemos hacer. Tú te lo mereces, Eladio. *(Le apunta.)* ¡Pim, pam, pum! Te mueres, y yo contigo. Edurne no me lo perdonaría, y si ella me falla, me quedo sin coartada para seguir haciendo el gilipollas en el reino de los vivos. *(Baja el arma.)*

ELADIO.- ¿Crees que voy a dejar que sigas vivo sólo porque te tiras a mi hija?

MARCELO.- Eres incapaz de moverte ni un milímetro de donde estás. Vas a marcharte, Eladio. *(Descarga la escopeta y se la arroja.)* No tendrás otra oportunidad. Me verás en el bar, me seguirás por la calle, prohibirás mi nombre en tu presencia, maldecirás a tu hija, hasta puede que la eches de tu lado, pero no serás capaz de matarme. Acabarás tragándote tu orgullo y me pedirás prestado para la tragaperras, como siempre. ¡Hay que alcanzar el cofre del pirata! El aliento del hijo vale un premio de cien euros.

*(ELADIO, desarmado, abandona el apartamento arrastrando su dignidad y su escopeta inservible.)*

---



*(MIREN en el bar, con signos evidentes de ebriedad.)*

MIREN.- La última vez que vi a Marcelo, se descomponía devorado por sus fantasmas. Me fui corriendo de su lado, y nos miramos con el odio característico de nuestra raza, la de los combatientes. Odias a quien has herido porque le ves débil, y a los débiles les tienta la traición. Así nos lo enseñaron a los dos, según nos asomábamos a la vida. *(Pausa.)* Él cree que está venciendo porque desarmó al pobre viejo y le obligó a marcharse con la rabia entre las piernas. Ahora es el turno de Edurne. Marcelo la ocupará toda enterita, sin dejar un rincón por conquistar, hasta que para esa tonta él sea la única geografía reconocible. ¡Nada fuera de Marcelo! Y entonces el nombre de Jokin quedará sepultado bajo toneladas de palabras, caricias, promesas y orgasmos múltiples. ¿Quién te recordará, muchacho? *(Ríe.)* Marcelo cree que triunfa sobre mí porque me deja fuera del reparto. Ya no me toca nada. ¡Pero yo soy la combatiente tenaz, dura y vengativa! Y tengo una hija que liberar...

---

*(EDURNE y MARCELO en el apartamento. Han hecho el amor y reposan en el lecho.)*

MARCELO.- Te amaré sobre todas las ruinas.

EDURNE.- Yo soy una de ellas.

MARCELO.- Eres una estatua de mármol blanco.

EDURNE. - Se me caerán los brazos, como a todas.

MARCELO.- Te los habré quitado yo, para que me abracen siempre que lo desee.

EDURNE.- ¡Qué cosas dices! Nadie habla así después de hacer el amor.

MARCELO.- Porque no lo han hecho contigo.

EDURNE.- ¡Tonto! *(Se besan.)* ¿Qué vas a hacer hoy?

MARCELO.- Estar a tu lado, el día entero.

EDURNE.- Tengo que irme dentro de un rato.

MARCELO.- Te marchas y abro paréntesis: aburrimiento, melancolía, cabreo, deseo, masturbación en tu nombre y tragos de mal vino. Regresas y cierro paréntesis. El resumen de mi vida.

EDURNE.- Así nunca llegarás a ser un hombre de provecho.

MARCELO.- ¡Soy un maldito social!

EDURNE.- Eres un vago. No puedes vivir del cuento.

MARCELO.- Mis cuentos no dan para vivir. ¡Son tan aburridos!

EDURNE.- Tienes que hacer algo, Marcelo. No puedes estar todo el día de casa al bar, y del bar a casa.

MARCELO.- ¿Y qué quieres que haga? No tengo la culpa de que el dueño del bar no me deje instalarme debajo de la barra.

EDURNE.- Si no me tomas en serio, será mejor que me vaya. *(Se levanta.)*

MARCELO.- Vale, intentaré ser bueno. Te lo prometo.

EDURNE.- Es tarde. *(Se viste.)*

MARCELO.- ¡Me niegas el derecho a la reinserción!

EDURNE.- Es tarde para mí, no para tu arrepentimiento. No quiero hacer esperar a mi padre.

MARCELO.- Debería acostumbrarse.

EDURNE.- Lleva un par de días que no está bien. Casi no me habla, y no parece escucharme. Estoy preocupada.

MARCELO.- Le habrán dado una mala noticia.

EDURNE.- Mi padre no recibe noticias.

MARCELO.- A lo mejor echa de menos a tu madre.

EDURNE.- Lo único que aterra de verdad a mi padre es que su mujer regrese a casa y tenga que mirarla a los ojos.

MARCELO.- ¿Él no te ha comentado nada?

EDURNE.- No me habla, ya te lo he dicho.

MARCELO.- Y cuando lo haga, te contará disparates. Soltará de golpe todas las alucinaciones que haya ido rumiando estos días.

EDURNE.- O las peores verdades. Nunca se sabe qué pasa por su cabeza. *(Ha terminado de arreglarse y se dispone a salir.)*

MARCELO.- ¿Nos veremos después?

EDURNE.- Te llamaré. Depende de cómo vea a mi padre.

MARCELO.- Si al menos te dejarás olvidada una mano...

EDURNE.- Prefiero no pensar que harías con ella.

MARCELO.- Agur, mi vida.

EDURNE.- Un beso.

*(Al abrir la puerta, EDURNE tropieza con MIREN, arrolladora en su ebriedad.)*

MIREN.- ¿Ya te marchas? *(EDURNE mira a MARCELO, demandando una explicación de la inesperada presencia de la mujer.)* Tendría que haber llamado para no asustarte, pobrecita, pero no he querido interrumpiros.

MARCELO.- ¿A qué has venido?

MIREN.- Me toca, ¿no? Ella sale, yo entro.

MARCELO.- Déjate de gilipolleces.

MIREN.- Automatismo sexual, querido Marcelo. Sin horarios, como a ti te gusta.

EDURNE.- (*Molesta.*) Vuestros problemas de agenda los discutís a solas. Yo me voy.

MARCELO.- No hagas caso a esta idiota.

MIREN.- Eso, tú no hagas caso a nadie, y mucho menos a tu padre, si es que vuelve a hablarte.

EDURNE.- ¿Qué quieres decir?

MARCELO.- Nada. Está como una cuba.

MIREN.- (*Digna.*) No es lo que pensáis. Sólo he estado bebiendo un poco, por animarme.

MARCELO.- Miren, por favor: lárgate.

MIREN.- No debéis despreciarme por mi estado. Todos estamos bajo los efectos de algo: yo del alcohol, vosotros del último polvo, y tu padre, Edurne, de un shock. Nos merecemos un respeto, digo yo. Sobre todo, Eladio, que está sufriendo muchísimo desde que salió de este antro.

MARCELO.- (*Furioso.*) ¡Ya está bien de idioteces! Te vas a ir ahora mismo a la puta calle.  
(*Forcejea con MIREN en su intento de echarla del apartamento.*)

EDURNE.- ¿Qué sabes de mi padre?

MIREN.- (*Peleando con MARCELO.*) ¡Suéltame, cabrón!

EDURNE.- ¡Basta, Marcelo! Déjala en paz.

MARCELO.- ¿Te pones de su lado?

EDURNE.- Quiero oírlo. (MARCELO *suelta su presa, que se duele del forcejeo. A MIREN.*) ¿Qué pasa con mi padre?

MIREN.- No te valió lo que te dije, ¿verdad? Ya supuse que tu deseo de venganza se iba a diluir en cuanto este cretino te susurrara una patraña. Te puse a prueba contándote sólo una parte de la gran mentira de Marcelo, y tú te curaste el escozor restregándote aún más contra él. Lo sabía desde el principio: el olor de su cuerpo mataría al de tu propia sangre. (A MARCELO.) Y tú, pobre imbécil, itú que pensabas que ella había sido capaz de perdonarte hasta el horror más absoluto, y resulta que ni siquiera se lo imagina! No lo sabe, Marcelo. No llegué hasta el final.

EDURNE.- ¿De qué estáis hablando? ¿Qué es lo que no sé?

MIREN.- El viejo sí. Yo confiaba en él. Me confesó que guardaba dos cartuchos intactos. Uno para la venganza del hijo. Con ese me bastó.

EDURNE.- ¡Por Dios, Miren! ¿Qué está pasando?

MIREN.- Tu padre vino aquí con la escopeta. Yo le abrí la puerta, y se sentó ahí mismo a esperar. Cuando llegó Marcelo, discutieron. Yo estaba detrás de la puerta, espionando. Casi no gritaron. Oí un golpe seco, como de alguien cayendo, y un grito de rabia que te ponía la piel de gallina. Oí el chasquido de un percutor, y una carcajada. No disparó. La pólvora estaba húmeda. Nadie le advirtió al viejo que las venganzas deben cuidarse día a día. Pobre, ¿no? Tanto tiempo esperando para nada (*Risita de borracha.*)

EDURNE.- ¡No entiendo lo que dices!

MIREN.- ¡Joder, pues está bien claro! Tu padre vino a matar a Marcelo porque él fue quien dio la orden de ejecutar a tu madre. ¡Esa es la parte que te faltaba! (EDURNE *sufre un impacto tan brutal, que es incapaz de reaccionar de ninguna forma. Como a un muñeco de trapo, MIREN la empuja sobre MARCELO.*) ¡Huele ahora su cuerpo, a ver si puedes perdonarle!

MARCELO.- (*No sabe cómo responder a la mirada horrorizada de EDURNE.*) No fue como ella está diciendo, debes creerme. Escúchame, Edurne, por favor. ¡No fui yo! (*Los ojos de EDURNE le condenan.*) ¿Por qué me miras así? Te pedí que no me juzgaras por tus ojos. ¿Quieres que te pida perdón? ¿Es eso lo que quieres de mí? ¡Y de qué serviría! ¿Me volverías a amar si lo hiciera? ¡Aparta! (*De un empujón, aleja de sí a EDURNE para encararse con MIREN.*) Y tú, ¿qué mierda has ganado tú?

MIREN.- Una vez más, sólo te queda mi número de teléfono en la agenda.

MARCELO.- ¡Podría estar muerto! ¿No lo has pensado?

MIREN.- No te pongas dramático. Yo le di los cartuchos al viejo, con la excusa de que los suyos estaban caducados. Lo tenía todo controlado, como tú me enseñaste. Sin riesgos y con un camino para escapar.

MARCELO.- Eres una chiflada hija de puta. *(Aparta a MIREN de su camino y sale del apartamento dando un portazo.)*

*(EDURNE va a salir, pero MIREN la retiene.)*

MIREN.- Espera a que se aleje. No querrás encontrártelo al doblar la esquina... Alguna vez tenías que descubrirlo ¿no? Cualquiera día te lo hubiera tirado a la cara alguien que os viese juntos. Aquí se conoce todo. Ya se encargó Marcelo de proclamarlo bien alto en la cárcel. "¡yo lo ordené, yo lo ordené!" ¿Decía la verdad? Quién sabe: allí dentro les encanta inventarse proezas para ganarse el respeto. Claro que, si no lo mandó, es porque se le adelantó otro tío más diligente. *(EDURNE no aguanta más y quiere salir corriendo de aquel lugar.)* Volverá a llamarte. A pesar de todo, volverá a llamarte. ¿Qué harás entonces? Ahora piensas que no querrás verle nunca más, pero acabarás por ceder, ya lo verás. *(EDURNE se marcha, sin escuchar la última frase.)* Y entonces me habrás ganado. *(Lentamente, se acerca a la cama y se sienta. De su bolso extrae un objeto envuelto en un paño: es una pistola, que deposita con mimo sobre la almohada. Se tumba a esperar mientras va oscureciendo.)* Voy devolviéndote todo lo que fue tuyo, Marcelo. Lo que más has amado.

-----  
*(MARCELO regresa de noche a su apartamento. Ha bebido, y su ánimo está estragado por todo lo ocurrido. Se fija sin sorprenderse en MIREN, que duerme, y descubre la pistola en la almohada. Toma el arma en sus manos, comprueba que está cargada, y la monta. Luego observa a la mujer, y piensa qué hacer. Finalmente, agotado, abatido, lloroso, se sienta en la cama, apretando la pistola contra su pecho.)*

MARCELO.- La última vez que vi a Edurne, caminaba sola por la calle, muy deprisa. La seguí un trecho cuando salió de esta casa, pero no intenté hablar con ella. Todo lo que hice fue acompañar mis pensamientos a sus pasos, por ver si se alejaban con ella. Quería vaciarme de todos, pero no lo he conseguido: aquí continúan, mortificándome como una gota malaya. Ni siquiera son ya ideas: son el rostro de Edurne, las manos de Edurne, las palabras de Edurne, los silencios de Edurne... Y lo que no es

de ella, es una neurona muerta. *(Pausa.)* Sé que nunca volveré a verla, así que debería empezar a llorar por los besos que he perdido. *(Ríe dolorosamente.)* Tendré que despertarme el resto de los días sin saber qué hay detrás de cada mañana. Mi última certeza se confirmó esta tarde: Edurne volvió su cabeza y me miró un segundo. Sentí que ya me odiaba.

*(MIREN se agita y despierta. Como una sonámbula mimosa, se abraza al torso del hombre, que la recibe indiferente.)*

MIREN.- Marcelo.... Sabía que volverías. Pareces tan cansado. Ven, yo te ayudaré a relajarte. *(Empuja con suavidad a MARCELO sobre el lecho, y le llena de besos y caricias. El hombre se deja hacer. MIREN se tumba sobre él, y en medio de ambos queda la almohada que MARCELO no ha querido soltar. MARCELO toma la pistola, la coloca entre el cuerpo de MIREN y la almohada, y se dispara. MIREN está horrorizada.)* ¡Marcelo, Marcelo!

*(Oscuro.)*

---

*(EDURNE en su casa, casi a oscuras, dicta una carta para nadie.)*

EDURNE.- Papá te manda besos. Está contento porque ayer ganó el premio gordo de la tragaperras *(Pausa.)* No vuelvas nunca madre. Quédate en tu mundo sin recuerdos... *(Pausa.)* Yo bien, como siempre, sin novedades, sola, como siempre... *(Pausa.)* No regreses a este lugar, mamá; ya no es el tuyo. *(Pausa.)* Padre está ahora en su dormitorio, calentando entre sus manos un cartucho ya pasado, por ver si revive la pólvora. Yo aquí, habitando las horas. Ellas me intercambian, como una pelota en un juego de niños: de las seis, a las dos; de las dos a las nueve, de las nueve a las doce, y todo es igual. Me he acostumbrado a esta mudanza. *(Pausa.)* Ya casi no salimos de casa. Hemos cambiado de bar, y nuestros caminos son cada vez más cortos. Papá lo prefiere así, se cansa menos, y ha descubierto nuevos modelos de tragaperras, más generosos. *(Pausa.)* Yo a veces me desví, por hacerme la encontradiza, pero él nunca tropieza conmigo; o le envío mensajes con el móvil, y no me responde. *(Pausa.)* La última vez que vi a Marcelo pensé que me seguía, y quise detenerme para dejar que me alcanzara. Le miré un instante, pero se alejó. Mi tiempo es añorarle, y el poco que me sobra, se me va en todo lo demás. *(Pausa.)* Mamá, iyo sólo quiero reclamarle mis brazos!

**FIN DE LA OBRA**